

Argán.- Veinte mil francos.

Belina.- No me habléis de dinero, os lo ruego.. ¿De cuánto son los efectos?

Argán.- Uno de cuatro mil francos y otro de seis mil.

Belina.- Todos los bienes del mundo, amigo mío, no valen para mí lo que vos.

Notario.- ¿Extendemos el testamento?

Argán.- Sí, pero para ello estaremos mejor en mi despachito privado. Llevadme allá, amor mío, os lo suplico.

Belina.- Venid, pobre hijito.

ESCENA VIII

ANGÉLICA, TOÑETA.

Toñeta.- Ha venido con un notario y la he oído hablar no sé qué de testamento. Vuestra madrastra no se duerme y sin duda pre para contra vuestros bienes alguna conjura.

Angélica.- Que disponga de mis bienes a su capricho siempre que me deje disponer de mi croazón. Ya has visto, Toñeta, cuán violentos designios se hacen contra mí. Te ruego que no me abandones en la extremidad en que me veo.

Toñeta.- ¿Abandonaros yo? ¡Antes la muerte! Por mucho que vuestra madrastra quiera hacerme confidente suya y atraerme a sus intereses, nunca he tenido inclinación por ella y he sido siempre de vuestro partido. Dejadme hacer; emplearé cuanto pueda en vuestro servicio, pero, para ayudaros más eficazmente, voy a cambiar mis baterías, a encubrir mi afecto por vos y a fingir compartir los sentimientos de vuestro padre y vuestra madrastra.

Angélica.- Te ruego que procures avisar a Cleanto de la asechanza que me tienden.

Toñeta.- No tengo para eso otro a quien pueda emplear que Polichinela, un viejo usurero enamorado mío, al que convenceré con unas palabras dulces que no dejaré de decirle, en servicio vuestro. Pero hoy es muy tarde; mañana, pues, muy temprano, le haré buscar y él quedaría encantado de...

Angélica.- ¡Toñeta!

Toñeta.- Me llaman. Buenas noches. Confiad en mí.

ACTO II

ESCENA PRIMERA

TOÑETA, CLEANTO

Toñeta.- ¿Qué queréis, señor?

Cleanto.- ¿Qué he de querer?

Toñeta.- ¡Ah, sois vos! ¡Qué sorpresa! ¿Y a qué venís?

Cleanto.- A hablar a la amable Angélica, a saber mi destino, a consultar los sentimientos de su corazón y a preguntar le cuáles son sus resoluciones sobre ese fatal matrimonio de que se me ha informado.

Toñeta.- No es tan sencillo hablar a Angélica, sino que ello resulta harto más intrincado. Ya os hemos dicho la estrechez con que se la guarda, sin dejarla salir ni hablar a nadie. A no ser por la curiosidad de una tía anciana, que nos hizo obtener permiso para ver la comedia que sabéis, nunca hubiera tenido lugar de nacer vuestra pasión. Y nos hemos librado muy bien de hablar de tal aventura.

Cleanto.- No vengo aquí como tal Cleanto, ni como enamorado, sino so capa de ser amigo del profesor de música de Angélica, el cual me ha autorizado a decir que le substituyo.

Toñeta.- Ahí veo a mi señor. Retiraos un tanto y dejad que os anuncie.

ESCENA II

Los mismos y ARGÁN

Argán.- El doctor Purgón me ha prescrito que pasee por la mañana, yendo de un lado a otro doce veces y volviendo otras tantas, pero he olvidado preguntarle si debo pasear a la -- largo o a la ancha.

Toñeta.- Señor, aquí está un...

Argán.- Habla bajo, necia, que me trastornas el cerebro con tus voces. No ha de interpelarse así a los enfermos.

Toñeta.- Quería deciros, señor..

Argán.- Te reptio que hables bajo.

Toñeta.- Señor.. (finge hablar en voz baja)

Argán.- ¿Qué dices?

Toñeta (en voz fuerte).- Que ahí está un hombre que quiere habla ros.

Argán.- Que venga.
(Toñeta hace a Cleanto seña de que se acerque).

Cleanto.- Señor...

Toñeta (burlona).- No habléis tan alto, que podéis trastornar el cerebro del señor.

Cleanto.- Señor, satisfáceme veros levantado y saber que estáis mejor.

Toñeta (fingiendo ira).- ¿Cómo es eso de que está "mejor"? El señor sigue igualmente mal.

Cleanto.- Había oído decir que estaba mejor y le encuentro muy buena cara.

Toñeta.- ¿Buena cara? El señor se siente muy mal y quienes os - han dicho que está mejor son unos impertinentes. Nunca el señor se ha hallado tan mal.

Argán.- Mi sirvienta tiene razón.

Toñeta.- El señor anda, come, bebe y duerme como todos, pero eso no obsta a que esté muy mal.

Argán.- Es verdad.

Cleanto.- Me siento desesperado, señor, viéndoos así. Vengo de - parte del profesor de canto de vuestra señora hija, el -- cual ha tenido que ir a pasar unos días en el campo, por lo que me envía a mí, que soy íntimo amigo suyo, para que le substituya, de manera que vuestra hija no pierda con - la interrupción lo ganado ya.

Argán.- Muy bien. Llamad a Angélica, Toñeta.

Toñeta.- Creo, señor, que valdrá más llevar al señor al aposento de vuestra hija.

Argán.- No. Hacedla venir.

Toñeta.- No podrá dar la lección debidamente si no están a solas.

Argán.- Sí, sí.

Toñeta.- Señor, eso os aturdirá y en el estado en que os halláis puede trastornaros el cerebro.

Argán.- No, no. Me gusta la música y me complacerá... ¡Ah, ya viene Angélica! Id vos a ver si mi mujer está vestida.

ESCENA III

ARGAN, ANGELICA, CLEANTO

Argán.- Acercaos, hija. Vuestro profesor de música se ha ido al campo y envía como substituto suyo a este señor.

Angélica.- ¡Oh, cielos!

Argán.- ¿De qué os sorprendéis?

Angélica.- Porque...

Argán.- ¿De qué dimana esa emoción?

Angélica.- Porque sobreviene aquí, padre mío, una asombrosa aventura...)

Argán.- ¿Pues...?

Angélica.- He soñado esta noche que me hallaba en el mayor de - los aprietos y que una persona igual a este señor se pre - sentaba, me socorría y me sacaba de mi apuro. Grande, - pues, ha sido mi sorpresa al ver aquí a quien ha ocupado mi pensamiento durante la noche.

Cleanto.- Fortuna es ocupar vuestro pensamiento, ya estéis des - pierta o dormida, y en verdad que mi dicha sería grande si os hallaseis en algún trabajo del que pudiera libraros yo. Porque nada hay que no hiciese para...

ESCENA IV

Los mismos y TOÑETA

Toñeta (con irrisión).- A fe, señor, que os apruebo ahora y me -- desdigo de cuanto dije ayer. Ahí están los señores Diafoirus padre e hijo, que vienen a visitaros. ¡Oh, qué - buen yerno vais a tener! Veréis el mozo más ingenioso y mejor dispuesto del mundo. Sólo dos palabras ha dicho y me ha encantado. Y aún más encantada quedará vuestra -- hija. (Cleanto hace ademán de irse.)

- Argán.- No os vayáis, señor. Es que caso a mi hija y aquí viene su futuro, al que no conozco aún.
- Cleanto.- Mucho me honráis, señor, haciéndome asistir a tan agradable entrevista.
- Argán.- Es hijo de un médico muy inteligente, y el casamiento se hará dentro de cuatro días.
- Cleanto.- Bien pensado.
- Argán.- Avisadlo al profesor de música de mi Angélica, para que asista a la boda.
- Cleanto.- No lo olvidaré.
- Argán.- También vos quedáis invitado.
- Cleanto.- Mucho honor me hacéis.
- Toñeta.- Aquí están.

ESCENA V

Los mismos más el DOCTOR DIAFOIRUS y su hijo TOMÁS

- Argán (Llevándose la mano al gorro, pero sin quitárselo).- El -- doctor Purgón, señor, me ha prohibido descubrirme. Como -- vos sois del oficio ya conocéis las consecuencias.
- Diafoirus.- En todas nuestras visitas acudimos a aportar socorro y no incomodidad a los enfermos.
- Argán.- Recibo, señor...
(Los dos hablan a la vez, estorbando y confundiendo mutuamente sus razones.)
- Diafoirus.- Venimos, señor...
- Argán.- Con mucha alegría recibo...
- Diafoirus.- Mi hijo Tomás y yo...
- Argán.- El honor que me hacéis...
- Diafoirus.- A testimoniarnos, señor...
- Argán.- Y hubiera deseado...
- Diafoirus.- Lo encantados que estamos...
- Argán.- Ir yo a vuestra casa...
- Diafoirus.- De la gracia que nos hacéis...
- Argán.- Para daros fe de mi simpatía...
- Diafoirus.- Al querer aceptarnos...
- Argán.- Pero vos sabéis, señor...

- Diafoirus.- En el honor, señor...
- Argán.- Que soy un pobre enfermo...
- Diafoirus.- De vuestra alianza...
- Argán.- Que no puede hacer más...
- Diafoirus.- Y asegurarnos...
- Argán.- Que deciros aquí...
- Diafoirus.- Que en las cosas que de nuestra profesión dependan...
- Argán.- Que buscará todas las ocasiones...
- Diafoirus.- Y en todas las demás...
- Argán.- De haceros conocer, señor...
- Diafoirus.- Estaremos siempre prontos, señor...
- Argán.- Que estoy a vuestro servicio...
- Diafoirus.- A testimoniarnos nuestro celo... Venid, Tomás y saludad.

(Tomás Diafoirus es un gran simplón, recién salido de la Facultad y que todo lo hace con torpeza y a destiempo.)

- Tomás.- ¿No se saluda primero al padre?
- Diafoirus.- Sí.
- Tomás.- Señor, vengo a saludar, reconocer, amar y reverenciar en vos a un segundo padre, pero un segundo padre al que me aventuro a decir que debo más que al primero. El primero me ha engendrado, pero vos me habéis escogido. El me -- recibí por necesidad; vos me aceptáis por gracia. De él recibí una obra de su cuerpo; de vos una obra de vuestra voluntad; y como las facultades espirituales son superiores a las corporales, tanto más os debo y tanto más preciosa juzgo esta futura parentela, de la que os rindo -- por adelantado humildísimos y respetuosísimos homenajes.
- Toñeta.- ¡Vivan los colegios, que tan inteligentes hombres hacen!
- Tomás.- ¿He estado bien, padre mío?
- Diafoirus.- Optime.
- Argán.- Saluda al señor, Angélica.
- Tomás.- ¿La beso?
- Diafoirus.- Sí, sí.
- Tomás (a Angélica).- Señora, con justicia se os otorga el título de bella; y vuestro marido...
- Argán.- No es mi esposa, sino mi hija.
- Tomás.- ¿Pues dónde está vuestra esposa?
- Argán.- Ahora vendrá.

Tomás.- ¿Espero a que venga, padre?

Diafoirus.- Salud a la señorita.

Tomás.- Señorita, de la misma suerte que la estatua de Memnón despedía un son armonioso cuando la iluminaban los rayos del sol, así me siento yo animado de un dulce transporte ante la aparición de vuestra belleza. De igual forma que los naturalistas observan que la flor llamada heliotropo gira sin cesar hacia el astro del día, desde este punto mi corazón girará siempre hacia los resplandecientes astros de vuestros ojos, como si ellos fueran su polo único. Tolerad, pues, señorita, que suspenda ante el altar de vuestros encantos la ofrenda de mi corazón, que no aspira a otra gloria sino a ser toda su vida humildísimo, obedientísimo y fidelísimo servidor y marido vuestro.

Toñeta (burlándose).- ¡Lo que tiene el estudiar y qué cosas tan galanas se aprende a decir!

Argán.- ¿Qué os parece?

Cleanto.- Que el señor habla a maravilla, y que si es tan buen médico como buen orador resultará delicioso ser paciente suyo.

Toñeta.- A fe que sí, y que será admirable si hace tan buenas curas como buenos discursos.

Argán.- Ea, pronto: mi sillón y asientos para todos. Acomodaos ahí, hija. Ya veis, señor, que todos admiran a vuestro señor hijo y yo os considero feliz teniendo un mozo como él.

Diafoirus.- No es porque sea su padre, pero estoy muy contento de Tomás. Todos los que le conocen convienen en que no tiene nada de despreciable. Nunca ha poseído la imaginación muy viva, ni acreditado ese espíritu fogoso que en algunos se nota; pero de eso he deducido la ponderación de su discernimiento, cualidad necesaria en nuestra profesión. De pequeño nunca fue lo que se llama un niño vivo y despejado. Siempre se le veía dulce, apacible y taciturno, sin jugar jamás a los entretenimientos infantiles. Costó mucho trabajo enseñarle a leer y nueve años tuvo antes de que supiera. Yo pensaba que los árboles tardíos son los que mejor fruto dan y que, si bien sobre el mármol se graba con más trabajo que sobre la arena, la inscripción en cambio perdura más.

En efecto, la comprensión lenta y la imaginación pesada son señales de un futuro buen juicio. Cuando le mandé al colegio tuvo dificultades en él, pero se creció ante los obstáculos, y siempre sus profesores me loaban sus esfuerzos y aplicación. En fin, a fuerza de insistir, ha ganado gloriosamente sus diplomas y sin vanidad puedo decir que en los dos años que lleva en los bancos de nuestra Facultad ha promovido en nuestras discusiones más movimiento que todos los candidatos. Se ha hecho temible y no se presenta nunca una tesis sin que él sostenga la contraria. Es firme en la polémica, recio como un turco en sus principios, inquebrantable en sus creencias y capaz de llevar sus razonamientos hasta los últimos confines de la lógica. Pero lo que más me place de él es que, a ejemplo mío, se aferra ciegamente a las opiniones de los antiguos, y nunca ha querido comprender ni escuchar las razones y experiencias de los supuestos descubrimientos de nuestro siglo, respecto a la circulación de la sangre y otros alegatos del mismo género.

Tomás (sacando un gran róllo de su bolsillo y ofreciéndolo a Angélica).- He redactado contra los partidarios de la circulación sanguínea una tesis que, con permiso del señor, oso regalar a la señorita como homenaje que de las primicias de mi talento le hago.

Angélica.- Señor, inútil es eso para mí, porque nada entiendo de estas cosas.

Toñeta.- Dádselo, dádselo: Siempre valdrá para decorar nuestras habitaciones.

Tomás.- También con permiso del señor, os invito a que vengáis uno de estos días a divertiros viéndome practicar la disección de una mujer.

Toñeta.- Agradable diversión será. Hay quienes ofrecen comedias a sus amadas, pero ofrecer una disección es mucho más galano.

Diafoirus.- En cuanto a las cualidades requeridas para el matrimonio y propagación de la especie, os aseguro, señor, que, según las reglas de nuestros doctores, mi hijo es tal como se puede desear, ya que posee en alto grado la virtud prolífica y es de temperamento capaz de engendrar y procrear hijos de buenas condiciones.

Argán.- ¿No os proponéis, señor, hacerle entrar en la Corte y buscar

le en ella un cargo de médico?

Diafoirus.- A deciros verdad, ejercer nuestro oficio con los grandes no me ha parecido agradable nunca, y opino que nos vale más desarrollarlo entre la gente común, que es tolerante. Con ella no se ha de responder ante nadie de nuestras acciones, y siempre que se sigan las reglas del arte, nada nos preocupa lo que pueda pasar. Pero resulta calamitoso ver que los grandes, cuando enferman, se empeñan aboslutamente en que sus médicos les curen.

Toñeta.- ¡Bueno es eso! ¡Qué impertinencia la de pedirnos que les curéis! No es tal vuestra misión, sino recibir pensiones y recetar remedios. Y luego, que ellos se curen si pueden.

Diafoirus.- Verdad es. No estamos obligados a tratar a la gente sino según las fórmulas.

Argán (a Cleanto).- Señor, haced que cante mi hija ante los presentes.

Cleanto.- Esperaba vuestras órdenes, señor, y se me ha ocurrido entretener a los aquí reunidos cantando con la señorita cierta escena de una opereta hecha ha poco. Tomad vuestra parte, señora.

Angélica.- ¿Yo?

Cleanto (bajo).- No os neguéis y procurad comprender lo que es la -- escena que vamos a cantar. (Alto.) No tengo buena voz, pero basta que me hagan entender, y espero que tengáis la bondad de escucharme, dada la necesidad en que estoy de hacer cantar a la señorita.

Argán.- ¿Son buenos los versos?

Cleanto.- Son los apropiados a personas que se encuentran de pronto y hablan sin preparación.

Argán.- Bien. Os escuchamos.

Cleanto.- El tema de la escena es éste. Estaba un pastor atento a las bellezas de un espectáculo recién comenzado, cuando atrajo su atención un tumulto que a su lado había. Volviéndose, vio a un grosero que con insolentes palabras maltrataba a una pastora. El pastor toma la defensa de un sexo al que todos los hombres deben homenaje, castiga la insolencia del grosero, se dirige a la pastora, y ve una persona que vierte lágrimas con los ojos más bellos que él haya contemplado ja

más. "Cómo -piensa- hay quien sea capaz de ultrajar a tan amable persona? ¿Qué bárbaro, qué inhumano es el que no se conmueve ante tales lágrimas?" Procura enjugarlas, y la bella pastora le agradece su ligero servicio de manera tan encantadora, tierna y apasionada, que el pastor no puede resistirla y siente que cada palabra y cada ademán es un dardo inflamado que penetra en su corazón. "¿Hay -reflexión- cosa alguna que merezca agradecimiento semejante? ¿Qué servicios no se prestarían y a qué peligros no se correría para atraerse por un solo momento la conmovedora -- dulzura de un alma tan reconocida?" Transcurre el espectáculo sin que el pastor lo atienda, antes bien, deplora que acabe la función demasiado pronto, puesto que ello le separa de su adorable pastora. Desde entonces experimenta un amor tan violento como el que varios años de afecto hubieran podido inspirar; empieza a sentir todos los males de la ausencia; y esta atormentado de no ver a quien por tan corto tiempo ha mirado. Hace cuanto puede para renovar la entrevista que día y noche evoca con ilusión, pero el riguroso encierro en que se tiene a su pastora lo impide. La intensidad de su pasión le lleva a querer pedir la mano de su amada, y para esto solicita y obtiene de ella -mediante un billete que diestramente le hace llegar- permiso para su solicitud. Entre tanto se le advierte que el padre de la zagala ha resuelto hacerla contraer otro enlace, para el que todo está ya a punto. Imaginad cuán cruel sufrimiento el del triste pastor. Colmado de mortal dolor, no puede soportar la idea de ver a su amada en brazos de otro, y su desesperado amor le hace buscar medio de introducirse en casa de la pastora, para saber cuáles son los sentimientos de ella y lo que él debe esperar. Llega, hállalo ---- aprestado todo y ve al indigno rival que el capricho de un padre opone a las ternuras de su amor. Encuentra a ese -- rival ridículo, triunfante junto a la bella pastora, con el aire de quien tiene la conquista segura, y tal escena -- cólmale una cólera que difícilmente reprime. Dirige dolorosas miradas a la mujer adorada, mas su respeto y la ---- presencia de su padre, le impiden emplear otro lengua----